

1

BUENOS AIRES

— **A**lerta TR alerta TR —dice Martín entre dientes.
Estamos en el jardín de los suegros de Julia. Los
manojos de globos color rosa y celeste se agitan
con el viento que viene del agua. Hay un grupo de mesas
y sillas dispuestas en semicírculo sobre la explanada que
mira al lago artificial. Son más de las cinco, pero las tardes
ya empiezan a ser calurosas. Sobre el mantel celeste de la
mesa principal, las letras doradas de una guirnalda forman
la palabra babyshower.

—Por dónde —digo.

—Por estribor.

Acomodo la torta y giro la cabeza hacia los costados.

—Estribor es la izquierda, Martín. TR viene por la derecha.

El que se acerca es Alejo, cuñado de Julia, al que nosotros dos apodamos TR o el Tímido Raro. Con un pañuelo

intenta secarse, sin que se note, la transpiración que cae sobre la frente y sobre la franja de la sien en la que ya no puede disimularse la falta de pelo.

–¿Cómo están, chicos? Siempre juntos ustedes dos. Los hermanitos Macana.

–Sí, ja, ja.

Martín da un trago a su tercer porrón de cerveza belga. Los suegros de Julia no escatiman en los festejos.

–¿Qué es esa maravilla?

Con la copa de champagne que tiene en la mano, TR señala en mi dirección. Supongo, espero, que se refiera a la pastafrola que estoy cortando y no a la parte del escote que queda al descubierto cuando me inclino. Martín dice que TR será tímido para conversar, pero es bastante atrevido con la mirada.

–Roberta, ¿la hiciste vos? No conocía tu faceta de repostera.

–Es lo único que sé cocinar –respondo, con una sonrisa blanda. La hice ayer y a Julia le pareció bien que la trajera.

–Excelente, excelente –da un último trago a su copa y mira alrededor mientras se hamaca desde los talones hasta la punta de los pies.

Al principio, en todos los eventos a los que nos invitaba Julia en la casa de fin de semana de sus suegros –cumpleaños, algún asado para aprovechar la piletta–, Tímido Raro no nos decía nada. Podíamos tenerlo sentado al lado nuestro durante horas sin que nos dirigiera la palabra.

–Es así –nos decía Julia– tímido. No lo hace de malo, es raro, le cuesta entrar en confianza.

Pero unos meses atrás, en el cumpleaños número dos del hijo de Julia, TR nos descubrió a Martín y a mí en una esquina de este mismo parque, detrás del inflable enorme con forma de tobogán donde nos habíamos refugiado con un balde con champagne, y se quedó toda la tarde con nosotros. Fue así que nos enteramos de que TR era perfectamente capaz de hablar durante horas, siempre y cuando el tema le interesara: el mercado hipotecario en Dinamarca, la (para él, dudosa) utilidad de los paneles solares, su viaje de pesca con mosca al sur de Canadá.

–Están los dos vestidos de negro –dice. Lo mira a Martín y luego hace un barrido desde mis hombros hasta mis piernas–. Pero la invitación decía que el dress code era en colores pastel, ¿puede ser? –señala el cuello de su camisa manga corta, color rosa pálido.

–Es que venimos de resolver una cosa de trabajo –digo. No tuvimos ni tiempo de cambiarnos.

Miento. Este vestido –negro corto, breteles finitos– y estos borceguíes me los puse a propósito esta mañana. Vas a tener calor con esos zapatos, me dijo Santi, que se iba a su “retiro espiritual” (las dobles comillas son intencionales) justo el fin de semana en el que mi mejor amiga nos había invitado al babyshower de su segundo hijo. En realidad, hija: Martín y yo sabemos que es una nena, pero el resto de los invitados lo descubrirá esta misma tarde, dentro de un par de horas. Porque esto no es un simple babyshower: estamos ante una *Gender Reveal Party*.

Martín también está vestido de negro, como siempre,

pero no sé dónde estuvo antes. En la casa de alguna chica, supongo por el estado de su pelo, la remera de The Cure toda arrugada y el perfume con un dejo a palo santo que flotaba en el auto cuando pasó a buscarme por casa. Nunca me cuenta con quién sale, a menos que le pregunte, y yo no pregunto demasiado. Santi se llevó mi auto al retiro –48 horas con sus amigos en un campo en Ramallo dedicadas a fumar porro, asar animales y practicar juegos y deportes varios–, así que hoy dependo de Martín para la vuelta. Ojalá no quiera irse de acá con alguna de las invitadas. No creo. Ninguna parece ser su tipo.

Ignacio, el marido de Julia, le hace una seña a TR desde la otra punta de la pileta. Martín se acerca a mí. Lo miro:

–A todo esto, vos ¿desde cuándo hablás como si supieras de náutica?

–No sé, de repente me pareció apropiado.

Señala el lago artificial que se despliega frente a nosotros. De pie sobre su tabla, una mujer con una trenza larga color gris rema sobre aguas tranquilas. Otras dos personas avanzan en un bote, a buen ritmo. Las embarcaciones a motor no están permitidas en este barrio.

–Pero vos no tenés idea de barcos, ¿o sí?

–Es verdad. No tengo idea –dice, serio, como si el descubrimiento lo sorprendiera

–¿Y vos? ¿No creciste en medio de la pampa húmeda? ¿Cómo sabés qué es estribor?

–Cultura general, Martín. Si querés más información de barcos, te puedo contar. ¿Sabías que el ejército de Bolivia,

aunque no tiene salida al mar, tiene su propia flota? Los barcos están en el lago Titicaca. Cuando viajé a la Isla de Copacabana de mochilera me saqué una foto con los marineritos.

Me mira. Conozco la sonrisa que empieza a formarse en su cara.

—Ajá. Voy a necesitar ver esas fotos de tu etapa hippie.

—Mochilera dije, hippie jamás. Y olvidate de las fotos: el álbum está bien guardado en mi cuarto, en la casa de mamá en el pueblo.

Giro hacia la mesa, retrocedo un poco, y por un momento admiro mi pastafrola en medio de las demás tortas, todas hechas por profesionales. No cocino ninguna otra cosa, pero la pastafrola me sale perfecta. Mi abuela Maca me enseñó. Cuando estoy estresada por algo cocino pastafrola de membrillo. Mi abuela me quiso enseñar a hacer otras cosas, pero nunca acepté: voy a trabajar y a ganar plata para que la gente cocine para mí, le decía a mis diez años. Ella, entonces, se reía y respondía: es una postura muy respetable. Pero la verdad es que amasar me relaja. Pisar el dulce de membrillo con el tenedor y el agua tibia me relaja. Encontrarle la consistencia a la masa de la base, estirar el sobrante, agregar un poco más de harina para cortar las tiras que van encima me relaja. Estirar la masa, cortar, colocar las tiras una por una hasta darles la forma de enrejado me relaja. Si usás los ingredientes justos, las proporciones, si usás la misma técnica cada vez y conocés la temperatura de tu horno, la pastafrola siempre es la misma. Eso me reconforta. Y me hace sentir más cerca de mi abuela, que murió

hace cuatro meses y, para mí, que no creo en el Cielo y esas cosas, ya no se encuentra en ninguna otra parte.

Ayer, después de la discusión con Santi, saqué el paquete de manteca que siempre tengo en la heladera. Mientras se calentaba el horno le escribí a Julia para saber si le parecía bien. A mí me resulta muy empalagosa, pero cuando la llevo al trabajo todos se emocionan. Una vez Martín se comió una pastafrola casi entera, delante mío.

—¿Y? ¿Cuándo vas a hacer una pastafrola para mí solo?

—Yo no la hago a pedido, Martín. La pastafrola surge, nace en el momento, no se la puede forzar.

Julia se acerca a nosotros y pasa un brazo por sobre mis hombros. La rodeo por la cintura de su vestido floreado en tonos de verde suave, con un corte debajo del pecho. Hacia abajo, la falda se hace más amplia y cubre una panza gigante: le falta poco más de un mes. La beba se va a llamar Nina, pero eso solo lo sabemos su marido, las dos abuelas, Martín y yo. El resto de los invitados se enterará esta misma tarde, en la cúspide del festejo, cuando hundan el cuchillo en la torta y al retirar la primera porción se deje ver el interior del bizcochuelo teñido de rosa.

—Es una ridiculez, ya lo sé, pero no me juzguen —dice Julia—. Júzguenla a mi suegra, en todo caso, que organizó todo. Igual, por mí, tiene derecho a hacer lo que quiera. Ella y el marido cuidaron a Tobi la semana que nos fuimos de *babymoon* a Miami, y ahora nos ofrecieron pagarle a una nurse para que venga todas las noches durante el primer mes de la beba y le enseñe a dormir de corrido.

–Jamás me atrevería a juzgar a la Escribana –le digo a Julia–. Además, sabés que le tengo pánico.

La busco con la mirada: con el pelo lacio impecable y un vestido color beige, da instrucciones a dos mujeres vestidas de servicio en la zona de la cocina.

–No juzgamos a nadie –dice Martín, mientras se acerca por el otro costado.

Desde hace un año, desde el viaje a México, dos meses después de que él entrara a la agencia, Julia y Martín se adoran. Es un amor distinto al que tenemos Julia y yo, y con el que no me interesa competir. Mi *work husband* y mi *work wife*, nos llama Julia. A mí no se me ocurriría llamar *husband* a Martín. Ella puede decirlo con la libertad que le da estar casada con otra persona, legalmente casada, con registro civil y ceremonia religiosa mixta. Santi y yo recién nos mudamos juntos hace unos meses, y la convivencia no es lo que hubiera imaginado. Pero hay que adaptarse, me repite Julia, son cosas que llevan tiempo. Todo eso lo entiendo, los dos nos estamos esforzando.

–¿Y vos estás bien? –le digo a Martín. Tiene el ceño fruncido y apoya la palma de la mano sobre su mejilla–. ¿Noche agitada?

–Me está empezando a doler la muela otra vez.

–¿La muela de juicio? ¿Cuánto hace que venís con eso? ¿Todavía no tenés turno para sacártela?

–Rocho me hizo la radiografía y me dijo que, cuando yo junte valor, él me la saca. Solo tengo que decirle y voy al consultorio.

—¿Así nomás? ¿Como un delivery?

—Sí. Claro. Rocho es mi amigo desde la primaria. Se dedica a esto. Cuando me decida, lo llamo y lo hacemos.

Al final creo que es mejor que Santi no haya venido. Martín, TR y el marido y el suegro de Julia son los únicos varones en toda la fiesta. Ni siquiera está su papá, que llevó a Tobi a pasear por el barrio porque el nene se estresa mucho con estas cosas: celos, parece. El resto de las invitadas son algunas tías y primas, las amigas de Julia del colegio y las de hockey. Casi todas son rubias y no sé por qué tan altas, con vestidos de telas livianas, en colores claros. Conversan a los gritos en el centro de la explanada con vista a la laguna.

—Vengan que les presento a alguien —nos dice Julia—. Aquí está Carolina.

Me habló varias veces de ella, la excapitana de su equipo de hockey. Se acaba de ir de una empresa de relaciones públicas en la que trabajaba y Julia se la propuso a Rita para que sea su reemplazo durante la licencia por maternidad.

Se acerca. Tiene un short de lino blanco perfectamente planchado, la camisa de gasa con flores parece flotar encima de su escote. Tiene las piernas doradas, brillantes, musculosas. Tiene unas botas texanas que la hacen parecer todavía más alta. De repente me siento pálida, sin tetas, aniñada. Ella nos sonrío.

—Así que ustedes son los famosos Martín y Roberta.

—Famosísimos —digo y codeo a Martín, que saluda a Carolina con la cabeza, gira y se aleja para ir a acostarse en un camastro cerca del agua.

–Se siente mal, disculpalo, está con un dolor de muelas tremendo –digo–. ¿Vos cuándo tenés la entrevista con Rita?

–Esta semana. Me encanta la idea de hacer este *break* hasta que decida mi próximo proyecto –responde.

Pienso en que le está diciendo “*break*” al trabajo que yo hago todos los días, en todo el estrés que me provoca este trabajo, pero no digo nada. Se acercan otras amigas de hockey y me aparto del grupo para buscar a Martín. Julia las saluda y me sigue.

–Carolina parece simpática. Muy decidida –le digo–. ¿Te tomás cuatro meses, al final?

–Sí. Supongo que con dos criaturas todo va a ser más complicado, pero de alguna manera voy a organizarme. Y el año que viene nosotras nos independizamos y ponemos nuestra agencia.

–Por supuesto –le digo, aunque no estoy segura. No tengo idea de cómo se hace para criar a un nene de dos años y una bebé. No parece demasiado sencillo.

Martín descansa con los ojos cerrados. Le toco la frente, pero la temperatura parece normal. Con su mano retiene la mía y abre los ojos color castaño.

–Si te duele mucho tenemos que llevarte a un médico –digo.

–Ni se les ocurra irse antes de cortar la torta –dice Julia– No me van a dejar sola con todo este circo.

–No vas a estar sola, Julia, está tu marido –hago un gesto alrededor–, está toda tu gente.

–Ustedes son mi gente. Si puedo aguantar todo esto es

porque ustedes dos están acá, y sé que cuando termine nos vamos a poder reír juntos. Con Ignacio no me puedo burlar de algo que organizó su mamá. Esperen un poco, cortamos la torta, ustedes ponen cara de sorpresa, aplauden junto con el resto, y recién entonces se van. ¿Cuántos meses hace que venís con esto de la muela, Martín? No te cuesta nada esperar otra hora.

Julia va hacia adentro de la casa y regresa enseguida. Se acerca a nosotros y, con una mirada conspirativa, le entrega a Martín algo que trae escondido en su puño.

–Este es un calmante que llevo siempre en la cartera –dice–. Me lo dio mi obstetra después de la cesárea de Tobi. Un rescate para el dolor. Es el último. Tomate esto para pasar el momento y después se van tranquilos a que tu amigo el Chorro te saque la muela.

–Rocho –Martín y yo la corregimos al mismo tiempo, él todavía sin abrir los ojos.

–Como se llame. Esperame acá.

Se aleja de nuevo y vuelve con un vaso de agua. Le pone a Martín la pastilla en la mano, lo ayuda a incorporarse y, con una mano sobre su nuca y la otra sobre el vaso, casi lo empuja para que la tome. Él responde con los movimientos de un niño obediente.

–Esperen –digo–. ¿Ese calmante no tiene fecha de vencimiento? ¿Y se podía mezclar con alcohol?

Después del corte de torta somos los primeros en la fila para abrazar a Julia y a Ignacio. Dejamos atrás gritos y felicitaciones mientras TR y su padre hacen explotar unos

cilindros que lanzan al aire papелitos metalizados color rosa. El auto de Martín está estacionado en el frente. Rocho nos espera en el consultorio.

–Mejor hacerlo de una vez, vení ya –dice en el mensaje de audio que escuchamos en el auto.

Ayudo a Martín a sentarse y a ponerse el cinturón de seguridad. El calmante que le dio Julia parece haberle dado bastante sueño. Uso su teléfono para explicarle a Rocho que estamos en camino. Anoto la dirección en el gps, me ubico en el asiento del conductor y demoro unos minutos en acomodar los espejos para adaptar el auto a mi metro sesenta y cinco. Santi es más alto que yo, mide apenas uno setenta, pero si fuéramos contrincantes en un ring de boxeo, y no una pareja, estaríamos en la misma categoría. Martín, en cambio, mide un metro ochenta y siete. Con los ojos cerrados y la mano apoyada sobre la mejilla derecha, se estira todo lo posible en el asiento del acompañante.

–¿Cómo estás?

–No siento las piernas. Lo bueno es que la muela tampoco.

En la entrada del edificio busco el cartel que dice Rocchetti Cirugía Odontológica. Ayudo a Martín a apoyarse contra la pared del ascensor y presiono el botón del tercer piso. Cuando se abren las puertas, Rocho es una aparición bajo la luz de las dicroicas del lobby. Lo que más brilla, más que el verde de su uniforme, es su sonrisa de dientes perfectamente alineados.

–Fideo querido –lo recibe entre sus brazos y conduce sus pasos torpes rumbo al consultorio.

Cruzo detrás de ellos la sala de espera vacía. Una vez ubicados, mientras Martín, casi dormido en el sillón, espera que haga efecto la anestesia local, Rocho me estudia con ojo clínico.

–Así que vos sos Roberta –dice, por fin. Niega con la cabeza–. Este tipo está todo el día Robi de acá Robi de allá, y siempre pensé que eras un varón. Jamás sospeché que eras una mina, que además está buena. Te tiene bien escondida, eso es seguro –dice y se da vuelta para retirar unas bandejas de metal de una máquina esterilizadora. Acomoda delante suyo una hilera de instrumentos filosos y alargados–. ¿Querés ayudarme? Hoy voy a estar sin asistente.

Cuando era chica, los viernes a la noche solían pasar en la tele un ciclo de películas de terror protagonizadas por dentistas: El Dentista 1, El Dentista 2, El Dentista 3. No recuerdo que hubiera películas protagonizadas por verduleros, maestros, o agentes de tránsito. Había de vampiros, de zombies, chupacabras, Jason: todos personajes de fantasía. Y de dentistas. Para haber elegido esta profesión, Rocho debe tener una mitad psicópata, es lo que pienso mientras dejo que su mano enguantada guíe la mía hacia la boca de Martín. Sostengo una manguerita contra la comisura de los labios. Con la boca abierta, la mandíbula desencajada, su mirada apunta hacia los reflectores.

–Seguí aspirando –me ordena Rocho, mientras con una

mano hace palanca con la mandíbula y con la otra forcejea dentro de la boca con una pinza sumergida en sangre.

Tomo el aire por la nariz y trato de mirar hacia los reflectores para no ver lo que sucede debajo.

–La tenías bien escondida a tu amiga, Fideíto, eh –el tono de voz de Rocho es el mismo que se usa para hablar con los niños o con los borrachos.

–Es el apodo de la primaria –gira para explicarme–, porque era tan flaco y largo. Hace una pausa–. Las querés toda para vos, eh. Está bien, no te culpo, qué querés que te diga –vuelve a mirarme y dice: –Le hablo para que no se duerma.

Los ojos de Martín se enfocan en mí mientras él se reuerce en el asiento, no sé si por el dolor o porque no puede usar la boca para responder.

–Podemos salir a tomar algo un día de estos, vos y yo –me dice Rocho un poco más tarde, mientras descartamos los elementos que usamos en la cirugía. Aunque debajo tengo puesto el vestido, cuando me saco el camisolín siento el impulso de cubrirme.

–Estoy de novia –respondo en voz baja.

–¿Hace mucho?

–Unos meses.

–¿Y antes de eso este nunca te tiró los perros?

Digo que no con la cabeza.

Rocho se queda pensando.

–Qué pelotudo –dice, categórico. Tiene el ceño fruncido, como si la situación mereciera algún estudio.

Y quizás sea por eso, porque para mí es un tema serio, porque por fin alguien dice que Martín es un pelotudo, digo lo que digo a continuación. Algo que no le conté a nadie. Ni a Julia, ni a otras amigas, mucho menos a mi hermana. No me detengo a pensar si bajo la mirada de Rocho esto a Martín lo hunde o si, por el contrario, su reputación se beneficia.

–Se los tiré yo –digo, la voz débil–, los perros, una sola vez, y él me rechazó.

Rocho termina de acomodarse el cuello de la camisa, del mismo tono immaculado de su dentadura, y me mira directo a los ojos:

–Ah, pero es mucho más pelotudo de lo que pensaba.